

**Conferencia "La Orientación Ideológica de la Universidad", ofrecida por el Lic. Raúl Rangel Frías, ante la Federación Estudiantil de Nuevo León, en noviembre de 1931 (23)**

Jóvenes:

Juventud—que es inquietud atenta a todas las voces del espíritu; y voluntad, voluntad constante y desinteresada que se despliega a todas las incitaciones del paisaje social—voy a hablar en vuestro nombre. Lo hago sin titubeos, porque para ello lo que menos importa es quién; lo necesario, lo urgente, es que alguien venga y sirva de intermediario entre vosotros y la conciencia de los extraños; así como el sentido del tacto sirve maravillosamente a la conciencia del ciego anegada en tinieblas para hacerle llegar al fundamental contenido del mundo exterior, inaprehensible, para él, luminosamente. La sola condición que se debe exigir a quien tal haga es que se acerque a la conciencia colectiva misma que la van a informar y se impregne de sus necesidades y anhelos; lo demás no requiere facultades nuevas; llegarse hasta aquí y soltar al viento el impalpable alborozo del espíritu que ha acertado a reunir en su pupila, sintéticamente, el ritmo de la nueva vida.

He aquí mi única y plena justificación.

Señores.

El tiempo ha transcurrido y no en vano. La vida no tiene dilaciones y en su devenir incesante es caminar, caminar sin llegar nunca a ninguna parte, todo va cambiando, transformándose, así las cosas, como los hombres, como las ideas. Muchos de vosotros, no lo ignoramos, os sentís a disgusto con el ímpetu de las nuevas generaciones y no es raro que se nos oiga exclamar, con Cicerón: "O tempora o mores (oh tiempo, oh costumbre). pero vuestro descontento no es justo como el del épico tributo y su imprecación en vuestros labios suena a deshonor y se pierde, no pocas veces, sin ecos, por infecunda, allí mismo donde nació: el implacable desierto de vuestras meditaciones. Afortunadamente, los que adoptan tal actitud están casi solos. No podía ser de otra manera, pues los acontecimientos fuerzan al hombre, de espíritu amplio y sin resentimientos, a considerar que hay algo nuevo, como promesa de alborada, en la juventud de hoy; y que ello da confianza en el futuro. Decidme: ¿No es ya inusitado en Monterrey, y altamente significativo de esas virtudes poten-

ciales el hecho de que la juventud se empeñe sin trazas de que lo hagan sus maestros en la fundación de la Universidad; y que con un recto y firme impulso cuyo punto de partida es extraño por controvertido ya que las obligadas a él son las clases profesionales e intelectuales pida a aquellos que guardaban silencio, el juicio recto de la palabra acertada? ¿Podrá llamarse juventud opaca y necia, como no ha faltado quién diga, la que obliga a aquellos individuos que por virtud misma de su inteligencia son los mejores preparados a pensar y plantear lípidamente nuestros problemas? Se dirán que es altanera, pero cuando por otra parte se la denigra, está en su pleno derecho.

Baste, por ahora, esta disgresión hacia las cosas que nos rodean y que no tuvo cabida aquí sino con dos fines esenciales; justificar nuestra actitud; y contestar voces amargadas y caducas, existentes por desgracia en nuestros institutos educativos, que se han dedicado a la innoble tarea de extinguir todo impulso en la juventud, negándola en la cátedra, en las reglas de la disciplina y en los preceptos de la Etica. Justificar nuestra actitud porque se ignora o no se quiere ver, que es la juventud misma la que por espontánea voluntad, por convencimiento íntimo, cansada de la inmoralidad cuando no la pasividad de otras generaciones se esfuerza por implantar, a sí misma, normas efectivas de conducta social, moral, intelectual; y que para ello pide y necesite el concurso de las voluntades directrices de la sociedad. Recordad que no váis a tratar con una masa anónima de materia viviente, que, como la arcilla, recibirá vuestras manos para que la modelen; sino que esa masa, esta generación tiene conciencia, se siente distinta, y es ella la que se quiere aplicar normas nuevas, y es ella la que no quiere perderse, repitiendo la serie inacabable, igual a hace un siglo, de los procesos de nuestra Historia. Si eso ocurriese, si esta generación de maestros y Gobernantes no sabe impulsar por nuevas guías, por caminos y horizontes de rectificación toda la energía vital que contiene, la juventud, al igual que las hojas secas del poema ibseniano que re-

prochaban a Peer Gynt no haberlas empleado para adornar las frentes y tejer guirnaldas, lanzará su imprecación más honda sobre aquellos que se acobardaron; y estéril, amargada, escribirá sobre la tumba de ellas la inscripción que un distinguido escritor español encuentra para el héroe de Ibsen, para los tímidos: Aquí, aquí no yace nadie.

Aceptad, pues, sin irritaciones estériles el tiempo nuevo; su contenido prometedor; la juventud y su mensaje.

El enunciado de nuestro tema dice: ¿Cuál debe ser la ideología de la Universidad al fundarse en Monterrey? Sin pecar de sofisticaría, y en puro rigor lógico, creo que primero debemos determinar cómo debe ser la Universidad y luego fijar su función ideológica: pues reza de antiguo el principio: "primero es el ser y después los modos de ser".

Contestemos nuestra primera pregunta: ¿Cómo debe ser la Universidad al fundarse en Monterrey?

El contenido mismo de ella presupone, bien en quien simplemente se imponga la obligación de resolverla mentalmente, bien en quien de hecho proceda a su fundación, la disposición, espiritual característica del hombre en todo acto de creación, y que va desde el rudo indígena que modela toscamente en barro las formas primarias de su experiencia, hasta el poeta de sutil temperamento que, frente a las múltiples modalidades poéticas, halla la nota firme, honda, eterna y la plasma en versos de secular perduración. En las creaciones sociales también se observa esa profunda inmersión del espíritu en las cosas; porque ni el poeta, ni el orfebre, ni el escultor proceden en abstracto, sino que, identificándose con la materia inerte que los va a servir, y sintiéndola en sí mismos, frágil, dura, flexible o musical, ciñen a ella el espíritu transmitiéndole su vida en un acto de intenso amor; así la obra social: el espíritu creador no se desplaza en las solas líneas purísimas de la abstracción y el encadenamiento silogístico de las experiencias históricas, sino que tiene que llegarse al fondo de la materia que va a modelar y sentir sus impulsos, sus necesidades y sus limitaciones, si quiere hacer obra perdurable y fértil.

He aquí por lo tanto que podemos fraccionar nuestra pregunta en estas otras: ¿Cuál es la materia o sobre qué elementos va a estructurarse la Universidad? ¿Cuáles son sus necesidades? ¿Sus anhelos? ¿Sus limitaciones?

En nuestro concepto, el elemento primario, fundamental, la materia misma de la Universidad, es el estudiante, ya que para él se establece; y sobre este eje deberá girar toda la vida institucional de la misma.

En efecto, cuando en el siglo XIII se fundó formalmente en Francia la primera Universidad existente, así como las que más tarde se esparcieron por toda Europa, respondieron a una necesidad que los maestros de aquel entonces sintieron de difundir su ciencia; a un convencimiento superior de las clases intelectuales, que se sentían aisladas, naufragos de un alto ideal, en el caos medioeval que reinaba en su alrededor, pero no a una necesidad efectiva del conjunto social; y podría decirse, sin aventurar demasiado, que los maestros iban a ellas más que por el afán de impulsar el progreso de la Sociedad, preparando la nueva generación, por tener discípulos que continuasen sus doctrinas e hicieran perdurables sus nombres. Y así vemos como fueron estas instituciones el asiento de las celebres disputas de aquel tiempo entre los filósofos del nominalismo, y el realismo; y cómo también el anhelo oscuro del Renacimiento se encarnó en los maestros de Humanidades que lucharon denodadamente por los partidarios de la árida y estéril escolástica; Regerio Baconi, Santo Tomás de Aquino, Duns Scott, Desiderio Erasmo, Occam, y tantos otros ilustres pensadores.

Pero, como decíamos antes, los tiempos han cambiado. Ya las Universidades no son fundadas en beneficio de los maestros, ni para su renombre o satisfacción; la Universidad se funda hoy para llenar una ingente necesidad social; porque el estudiante la necesita y la pide. La historia de éstas se ha invertido espontáneamente y, pues no será creación artificial del legislador la que declare que la Universidad es la casa del estudiante, para quien se funda exclusivamente, y que a ella concurrirán, como maestros, los hombres que tengan y sean capaces de enseñar algo.

Esta es la fundamental división de los elementos universitarios abstracta y radicalmente considerados; división que de hecho en la vida institucional no existe con tan absoluta separación, ya que las relaciones de alumnos y maestros se normarán por la dignidad y vigor intelectual de los últimos, que no peligran; pero distinción ésta que es necesario hacer evidente para sustraernos al peligro de reinsertar en el afecto actual que se nota en nuestros Institutos, principalmente en la Preparatoria, de formación de una especie de cas-

ta profesoral, en beneficio de la cual se instituyen para el estudiante, disciplinas, castigos, correcciones, cuya mira no es la formación moral del alumno—que de este modo está probado— no se consigne sino quién lo diría, pues es contrario al fin mismo de la Educación, para encerrar al estudiante en límites rígidos que impidan la libre expansión de su ser, pero que permiten al profesor tratarlos, equivocada y cómodamente, como seres no diferenciados, como cosas ajustadas a un mismo cartabón y que no tienen derecho de reclamar del profesor capacidad, justicia y tolerancia. Casta profesoral ésta que no debe existir, porque en la institución de la inteligencia sólo el grado de ésta puede trazar superioridades, que por otra parte hacen espontáneas, y por lo tanto no hay necesidad de reglamentar, pero que las nulidades —y precisamente en esto se conocen— establecen en su favor. Casta que existe por la creencia—residuo medioeval—de que las instituciones educativas son el maestro; y cuando, como en nuestro medio el cargo de profesor se dá, por regla general, no a las capacidades efectivas sino supuestas del individuo, éste, sin tener conciencia de su papel, se erige en el centro de las actividades de los alumnos, y natural es que le parezcan una falta de respeto las exigencias del estudiante, derivantes de su peculiar personalidad, así como su petición de honestidad intelectual.

Si la Universidad ha de fundarse, que se funde sobre bases concretas, porque lo que viene viciado desde los cimientos no puede componerse en la altura, porque sobre pies de barro, como en el mito antiguo, no puede sostenerse un cuerpo de hierro y una cabeza de oro.

Entonces, me diréis ¿cuál debe ser la actitud del maestro frente al sujeto de sus actividades, frente al elemento fundamental de la Universidad: el estudiante? Y yo os contesto que lo que debe ser esa actitud la encuentro, llena de luz en una página del incomparable maestro clásico de la juventud hispano-americana: José Enrique Rodó cuando relata los últimos momentos del filósofo Georgias, que es condenado a muerte por enseñar nueva filosofía en su ciudad. Platicando a la hora del crepúsculo con sus discípulos, uno de ellos habla y dice: Jurémosle ser fieles a cada una de sus palabras; a cuánto esté virtualmente contenido en cada una de sus palabras, fieles ante los nombres y en la intimidad de la conciencia; siempre e invariablemente fieles. Entonces el maestro cuenta una maravillosa parábola y responde de este modo: "Si yo aceptara el juramento que pro-

pones ¡Oh Lucio! olvidaría la moral de mi parábola que va contra el absolutismo del dogma revelado de una vez para siempre; contra la fé que no admite vuelo ulterior al horizonte que desde el primer instante nos muestra. Yo os fui maestro de amor; yo he procurado daros el amor a la verdad, no la verdad que es infinita. Seguid buscándola y renovándola vosotros como el pescador que tiende un día y otro día su red sin mira de agotar al mar su tesoro.

Maestro de amor; y amor a la verdad, no a la verdad que es infinita. He aquí la actitud del maestro en la casa del estudiante. Pero, ¿ésto será todo? ¿Quiere decir ésto que al maestro no le importará la conciencia de su discípulo más que respeto a la verdad, olvidando la moral y la acción? Veamos la realidad griega.

En el claro y singular ambiente de la cultura griega, la verdad estaba intimamente ligada a la bondad del corazón, y por eso la palabra del filósofo no trata de lo bueno y lo malo; o mejor, lo deje entendido en sus palabras. También fué característico de aquellos clásicos tiempos griegos, el apacible ocio, el ocio propicio de la inteligencia.

En nuestros tiempos no hay nada semejante, sino que se presenta una circunstancia nueva de la cual hablan los sociólogos contemporáneos; circunstancia a la cual ya se han referido aquí: la acción como ley de la vida; ese impulso irresistible que empuja por todos los rumbos, la vida de los hombres actuales como a un barquichuelo sin costas. Acción que se ha apoderado de todas las modalidades del espíritu; de la inteligencia, que recorre ahora nuevos y misteriosos rumbos que hacen peligrar nuestra herencia científica; de la voluntad, que no siempre es movable como no lo fué en Grecia ni en los pueblos orientales, como no lo fué en la Edad Media, imponiéndola con vertiginoso e inflexible curso que hace imposible las sociedades de democracias individuales, y torna caos el orden y no acierta reconstituirlo, de los sentimientos, pues también impera allí, de igual modo que en el pensamiento y en la voluntad, haciendo que el hombre sienta flaquear sus confianzas seculares y venirse abajo la arquitectura ética de su conciencia. Y en esta confusión se agita la vida moderna, incapaz de un empuje vertical que, al equilibrar la horizontalidad de la acción destructora que la anima, la convierte en creadora, estructurando una nueva totalidad intelectual, social y religiosa, en donde el hombre actual obre como una parte integrante y responsable de un todo orientado hacia lo alto; como en el símil del